

Aysén: expectativas conocidas, urgencias que no pueden esperar

La reciente expresión de expectativas por parte de los principales gremios empresariales de la región de Aysén, en el contexto de la instalación de un nuevo gobierno, vuelve a situar en el centro del debate público una realidad que, lejos de ser nueva, se ha transformado en una constante estructural del territorio. Conectividad, energía y diversificación productiva aparecen, una vez más, como ejes prioritarios para el desarrollo regional, evidenciando no solo su relevancia, sino también la persistencia de brechas que, pese a los diagnósticos reiterados, no han sido resueltas con la profundidad que la región demanda.

Lo planteado por los gremios no constituye únicamente una agenda sectorial. Por el contrario, refleja una preocupación transversal que es compartida por comunidades, emprendedores y distintos actores del ecosistema regional. La conectividad —tanto física como digital— sigue siendo un factor determinante en las posibilidades de desarrollo de Aysén. Las dificultades para trasladarse, acceder a servicios o integrarse a mercados más amplios no solo impactan la competitividad, sino también la calidad de vida de quienes habitan un territorio marcado por su aislamiento geográfico.

A ello se suma una matriz energética que continúa siendo limitada, costosa y poco diversificada. Este elemento no es menor, pues incide directamente en las oportunidades de inversión, en la sostenibilidad de los emprendimientos locales y en las condiciones cotidianas de miles de familias. En una región con alto potencial en energías limpias, la brecha entre las capacidades disponibles y su aprovechamiento efectivo sigue siendo un desafío pendiente.

En paralelo, la diversificación productiva continúa siendo una aspiración más que una realidad consolidada. Aysén requiere avanzar hacia una economía más resiliente, capaz de ampliar su base productiva sin comprometer su identidad ni su capital natural. Sin embargo, este tránsito ha sido lento

y fragmentado, muchas veces condicionado por la falta de infraestructura habilitante y por políticas públicas que no siempre logran articularse de manera coherente en el territorio.

Lo más preocupante de este escenario no es solo la reiteración de estas demandas, sino el riesgo de que su permanencia termine por naturalizarse. Que los mismos temas se repitan en cada cambio de administración da cuenta de una deuda histórica que ha sido abordada de manera parcial, sin lograr consolidar soluciones estructurales. En este contexto, las expectativas de los gremios —marcadas por una cautela que mezcla esperanza y escepticismo— también representan un llamado de atención a las nuevas autoridades.

El desafío que enfrenta la actual administración es significativo. No basta con reconocer las brechas ni con reiterar compromisos. Se requiere avanzar hacia una planificación estratégica con enfoque territorial, que supere la lógica de iniciativas aisladas y permita articular inversiones, políticas públicas y capacidades locales en función de objetivos de largo plazo. Esto implica, además, fortalecer la coordinación interinstitucional y generar espacios efectivos de diálogo con los actores regionales.

Aysén cuenta con una base sólida sobre la cual avanzar: diagnósticos claros, experiencia acumulada y un ecosistema que, pese a las dificultades, ha demostrado resiliencia y capacidad de adaptación. Sin embargo, el tiempo de las definiciones se agota. La región no puede seguir postergando decisiones que son clave para su desarrollo.

Hoy, más que nuevas promesas, Aysén espera señales concretas, medibles y sostenidas en el tiempo. Porque si algo ha quedado en evidencia, es que las expectativas ya no se construyen desde el discurso, sino desde la capacidad real de transformar las brechas en oportunidades. Y ese es, precisamente, el desafío que marcará el rumbo de esta nueva etapa.